

SOLEMNIDAD DE LA NAVIDAD DEL SEÑOR

Misa del día

Homilía del P. Abad Josep M. Soler

25 de diciembre de 2008

Jn 1, 1-18

Hermanas y hermanos Queridos:

La liturgia nos invita a meditar contemplativamente el evangelio que acabamos de escuchar ante la escena del nacimiento de Jesús que nos ha sido proclamada esta noche y que con un icono o con figuras es representada en muchas casas y en muchas iglesias, como la que tenemos aquí cerca del ambón desde donde se proclama la Sagrada Escritura, para indicarnos precisamente que *la Palabra se hizo carne*.

La primera página del evangelio según san Juan es un poema centrado en Jesucristo y de un contenido teológico y espiritual muy profundo, por eso es bueno detenerse y hacer privadamente una lectura orante. Nos dice que el Niño nacido de María *existía al principio*, antes de todas las cosas creadas; que *por él todo ha venido a la existencia* y por eso es fuente de toda *luz* y de toda *vida*. Nos dice, también, que este Niño ha venido a hablarnos, a comunicarnos la interioridad del Dios invisible, porque él es transparencia del pensamiento y del corazón divinos; ha venido a elevarnos al conocimiento, al amor y a la vida íntima de Dios Padre. *Es la Palabra* eterna que ha venido para ser *hombre* con los otros seres humanos para enseñarnos a encontrar la *luz* y la esperanza para la vida. Incluso después de la muerte y resurrección, cuando ha dejado de ser visible a los ojos mortales, continúa con su *tienda* plantada entre nosotros para estar presente y actuar a favor de toda la humanidad dándole *la gracia* y *la verdad*. Así continúa siendo para todos los siglos expresión, explicación, revelación del Dios invisible.

Si el Hijo de Dios se ha hecho *Palabra* para comunicarse, si Jesucristo es explicación, manifestación a la humanidad del Dios invisible, quiere decir que espera una respuesta, que espera un diálogo sincero que nos pueda iluminar la inteligencia y saciar el corazón. Paradójicamente, sin embargo, el prólogo de san Juan nos dice que la *Luz* que viene de Dios no es acogida; que *el que es la Luz verdadera* no es comprendido por la mayoría. Cuando Dios mismo, por amor, sale al encuentro de la humanidad para darle sentido, *luz, vida y gracia*, ésta no entiende el don que le aporta, tiene miedo de ser desinstalada, aunque experimenta el vacío interior, el desconsuelo y la absurdidad ante una existencia tan a menudo marcada por el egoísmo y el sufrimiento y al fin y al cabo vertida a la muerte. Pasó cuando Jesús explicaba, en la predicación del Evangelio, quién era Dios y cuál era la dignidad del ser humano, y pasa en nuestros días. Es lástima que, a causa de diversas circunstancias, entre las cuales puede estar la ignorancia y también un mal testimonio por parte de nosotros los cristianos, muchos dejen la *fuentes de agua viva* y se queden con *cisternas resquebrajadas* buscando caminos de felicidad y de salvación (cf. Jr 2, 13). En este sentido, sentimos la urgencia de ser anunciadores de la Buena Noticia que es para todo el mundo la Navidad, el hecho de que *el que es la Palabra* divina se haya *hecho hombre*.

Jesucristo no solamente explica, revela, al Dios invisible. Nos pone, también, en relación íntima, de amor, con él. Efectivamente, a los que, a pesar de la debilidad humana y el pecado, hemos *recibido* a Jesucristo por la fe y creemos *en su nombre*, nos es concedido poder ser *hijos de Dios*. Eso significa, por lo tanto, que nosotros

estamos estrechamente implicados en el misterio del que es la Palabra hecha hombre. Jesucristo estaba desde toda la eternidad en el seno del Padre, y continúa estando, pero ha venido a ofrecernos la posibilidad de estar en el seno de él -de Jesucristo-- y así hacemos vivir en comunión con el Padre del cielo por el Espíritu, tal como lo dirá en la última cena: *yo estoy con mi Padre, vosotros conmigo y yo con vosotros* (Jn 14, 20). Unidos a Cristo estamos unidos al Padre. Eso significa que somos admitidos por gracia, a participar de la corriente de amor entre el Padre y el Hijo: *como el Padre me ha amado, así os he amado yo: permaneced en mi amor* (Jn 15, 9). El Dios invisible, desde la Navidad, pues, no es un Dios lejano; al contrario es próximo y se hace encontradizo por la fe y por el amor. Sin embargo hay que perseverar en la acogida de la *Palabra* y en la guarda de los *mandamientos del Padre* entre los cuales destaca el mandamiento nuevo del amor (cf. Jn 15, 10.12).

Como una manera concreta de vivir este mandamiento y de corresponder al amor de Dios por la humanidad que es la Navidad, os proponemos participar en la colecta que haremos al final de esta celebración eucarística y que hemos hecho también por la noche. Concretamente, y ante la crisis económica actual, haremos llegar a Cáritas vuestras aportaciones, a las cuales el monasterio también añadirá la suya, porque ya hace un cierto tiempo que los donativos que recibe este servicio asistencial de la Iglesia han disminuido notablemente y, en cambio, se ha duplicado el número de peticiones de ayuda por parte de personas necesitadas, principalmente por cosas de primera necesidad cómo puede ser pagar el alquiler de la casa o la comida.

Y la Palabra se hizo carne para hacernos conocer al Dios invisible y el amor que nos tiene. Y ahora se hará presente en el pan y el vino de la eucaristía para ser alimento de nuestra fe y de nuestra caridad, luz y fuerza para nuestra vida. *Viene a su casa*, acójámoslo con un corazón abierto y agradecido.